

# EL ECO QUE NO DEBE APAGARSE

*Vida, pensamiento y legado de*

***Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell***

*A propósito de su obra **Violencia. Compasión. Memoria** (Utopía Libros, 2025)*

*Juan Miguel Batalloso Navas*

*Cala (Huelva) a 13 de abril de 2026*

## I. UNA PERSONA QUE NACIÓ DOS VECES

---

Hay personas que nacen dos veces. La mayoría de nosotros nace solo una. Llegamos al mundo en una fecha concreta que se anota en un registro civil, crecemos, aprendemos a caminar y a hablar, construimos una vida. Pero hay quienes, en un momento determinado de esa vida, mueren casi del todo —y sin embargo permanecen. Y desde esa segunda orilla del tiempo, desde ese instante en que todo pudo acabarse y no acabó, lo ven todo de otra manera. Todo lo piensan con otro peso. Todo lo dicen con otra voz.

Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell nació por primera vez en Madrid, el 6 de noviembre de 1947, hijo de una familia de orígenes riojanos y cordobeses. Creció en la España del franquismo tardío, estudió Derecho y Ciencias Empresariales en la Universidad de Deusto, y en aquellas aulas donde se cruzó el conocimiento con la conciencia comenzó a entender que el mundo podía —y debía— ser diferente. Allí trabó amistad con Luis Javier Benavides, su gran amigo. Allí tomó contacto con el Partido Comunista de España y con los movimientos que, desde las sombras, estaban construyendo la democracia que el régimen intentaba por todos los medios impedir.

Era un joven que podría haber elegido la comodidad. Tenía formación, talento y la posibilidad de una carrera tranquila. Pero eligió otra cosa. Eligió bajarse del camino fácil y ponerse del lado de quienes no tenían voz: los trabajadores de las barriadas, las familias de los barrios obreros de Madrid, los hombres y mujeres que necesitaban a alguien que supiera de leyes y estuviera dispuesto a usarlas en favor de los más vulnerables, no en beneficio de los poderosos. Ese gesto —esa elección— lo define mejor que cualquier título académico.

A partir de 1974, Alejandro ejercía como abogado laboralista en el despacho colectivo de la calle Atocha, número 55, en Madrid. Era uno de los espacios de resistencia democrática más activos de la capital: un lugar donde abogados comprometidos, dirigidos por Manuela Carmena, asesoraban a los trabajadores, defendían a los perseguidos, acompañaban a los movimientos vecinales. Un espacio que el régimen miraba con recelo y con miedo. Porque la ley, cuando se pone al servicio de los que no tienen nada, se convierte en la herramienta más subversiva del mundo.

\* \* \*

## II. LA NOCHE DEL 24 DE ENERO

---

Y entonces llegó la noche del 24 de enero de 1977.

Hace ya casi cincuenta años de aquella noche. Pero hay noches que no envejecen. Hay noches que se niegan a convertirse en pasado porque lo que ocurrió en ellas es demasiado grande, demasiado injusto, demasiado humano como para que el tiempo lo cubra con su polvo tranquilizador. Aquella noche de enero, un comando de pistoleros vinculados a la extrema derecha irrumpió en el despacho de la calle Atocha mientras los abogados celebraban una reunión de trabajo. Entraron con armas. Y dispararon.

Cinco personas murieron aquella noche. Javier Sauquillo, Luis Javier Benavides —el gran amigo de toda la vida—, Enrique Valdelvira, Ángel Rodríguez Leal y Serafín Holgado. Cinco personas que habían elegido, como Alejandro, estar del lado correcto de la historia. Cinco personas que tenían nombre, familia, proyectos, sueños. Cinco personas que ya no pudieron seguir construyendo el mundo más justo que todos deseaban.

Alejandro Ruiz-Huerta sobrevivió. Salió vivo de aquella sala llena de casquillos —treinta casquillos, dos oleadas de disparos— por la suma de dos azares que, si uno los mira de cerca, tienen algo de terrible belleza. El cuerpo sin vida de su amigo Enrique Valdelvira cayó sobre él, protegiéndole de las balas que venían a rematarlos en el suelo. Y un bolígrafo de marca Inoxcrom

—un bolígrafo que Ángel Rodríguez Leal le había regalado esa misma tarde— desvió en el bolsillo de su camisa la bala que habría sido mortal. Un bolígrafo. El objeto más inocente del mundo. El instrumento de la escritura, de las palabras, de las ideas —la cosa que representa mejor que ninguna otra la apuesta por la razón frente a la violencia— fue lo que le salvó la vida.

Eso también es una metáfora que merece ser pensada.

En 1982, cinco años después del atentado, Alejandro tuvo que abandonar Madrid. Lo reconoce él mismo sin pudor: no había superado el miedo. El miedo que lo habitaba desde aquella noche seguía siendo demasiado grande para convivir con los mismos lugares, las mismas calles, los mismos rincones que lo habían visto sobrevivir. Se fue. Y durante décadas vivió con esa cicatriz que no cierra del todo, con ese peso de ser el que quedó cuando los demás se fueron, con esa pregunta sin respuesta fácil que acosa a todo superviviente: ¿por qué yo?

Hoy, Alejandro Ruiz-Huerta es el último sobreviviente de Atocha. Los otros tres compañeros heridos aquella noche han fallecido a lo largo de los años. Él permanece. Y con él permanece la memoria viva de lo que ocurrió.

\* \* \*

### **III. LA VIDA QUE SE CONSTRUYE DESDE LAS RUINAS**

---

Pero la vida continúa. Y Alejandro Ruiz-Huerta es también la demostración de que es posible construir algo extraordinario desde las ruinas de lo que pareció un final.

Después del atentado, después del miedo, después del duelo, vino la reconstrucción. Completó su formación jurídica en la Universidad Complutense, becado en el Centro de Estudios Constitucionales, donde trabajó junto a juristas de la talla de Rubio Llorente y Peces-Barba. Pasó por las Cortes Generales en los albores de la democracia, asesorando en la negociación de los Estatutos de Autonomía, contribuyendo a construir desde

dentro las instituciones que tantos compañeros suyos habían soñado desde fuera. Trabajó en la Junta de Castilla y León. Defendió su tesis doctoral en la Universidad de Valladolid en 1992.

Y durante treinta años fue profesor de Derecho Constitucional en las universidades de Valladolid, Burgos y Córdoba. Treinta años frente a aulas llenas de jóvenes a quienes enseñó que la ley no es un instrumento neutral, que la Constitución no es un texto muerto, que los derechos fundamentales se conquistan y se defienden, que la democracia no se hereda: se practica, se cultiva, se protege cada día.

Y mientras tanto, escribía. Porque en Alejandro siempre convivieron el jurista y el escritor, el académico y el poeta. Publicó su primer gran testimonio, *La memoria incómoda*, en 2002, veinticinco años después del atentado. Le costó ese tiempo poder escribirlo. Le costó ese tiempo encontrar las palabras para narrar lo que vivió sin que las palabras se rompieran en la garganta. Luego vinieron *Los ángulos ciegos*, donde desmontó con rigor crítico el mito de una Transición plana e incruenta que nunca existió. Y estudios electorales sobre el voto comunista en Córdoba, porque también en los números que cuentan a los que votan viven las historias de los que lucharon.

En 2025, con casi ochenta años y desde la lucidez serena de quien ha pensado mucho y vivido todo, publicó su obra más madura, más ambiciosa y más necesaria: *Violencia. Compasión. Memoria. Una reflexión particular*. Prologada por el filósofo Reyes Mate, con un enfoque de género a cargo de Alicia Cárdenas, es el libro de una vida entera convertida en pensamiento. El libro que cierra un círculo abierto en la noche del 24 de enero de 1977.

\* \* \*

#### **IV. LA VIOLENCIA: RECONOCER PARA TRANSFORMAR**

---

¿Por qué hablar de violencia? ¿Por qué dedicarle la primera y más extensa parte de una obra que lleva también la compasión y la memoria en su título?

Porque Alejandro Ruiz-Huerta sabe, desde muy adentro, que no es posible transformar lo que nos negamos a mirar. Que el primer paso hacia la paz es, paradójicamente, tener el valor de comprender la guerra.

Y su primer argumento nos sorprende, porque es incómodo: la violencia no es una aberración, no es una enfermedad rara de algunos seres humanos excepcionales en su maldad. La violencia es inherente a nuestra especie. Está inscrita en nuestra naturaleza más profunda, en ese territorio oscuro donde conviven las pulsiones de destrucción y de creación, el instinto de supervivencia y el deseo de dominio. Reconocerlo no es pesimismo: es honestidad. Y la honestidad, en este caso, es el único punto de partida válido.

Pero Ruiz-Huerta no se detiene ahí. Porque también es verdad —y esta es la otra cara del mismo ser humano— que tenemos un fundamento biológico de bondad, de empatía, de aprecio por los demás. Somos la especie capaz de matar y la especie capaz de dar la propia vida por otro. Somos la misma especie que construyó Auschwitz y la que construyó el movimiento por los derechos civiles. La clave no está en negar ninguna de las dos mitades: está en decidir cuál de ellas cultivamos.

Y luego viene la segunda dimensión de la violencia: la estructural. La que no dispara, pero mata igual. El sistema económico capitalista, dice Ruiz-Huerta sin ambigüedades, ocupa el centro del problema de la violencia contemporánea. Porque un mundo en el que tres cuartas partes de la humanidad viven en el hambre y la pobreza mientras una minoría acumula riquezas obscenas no es un mundo en paz: es un mundo en guerra permanente, una guerra silenciosa, una violencia que se ha naturalizado tanto que ya no la vemos. La crisis financiera de 2008, la pandemia, el cambio climático: todas estas catástrofes tienen también nombres y apellidos de clase.

Y luego la violencia política. La que tiene cara y tiene fecha. La que irrumpió en el despacho de Atocha para silenciar voces que defendían la justicia. La que usó el terror como instrumento consciente para detener la democratización de España. Alejandro Ruiz-Huerta nos dice algo que es a la vez un análisis y una advertencia: esa incapacidad para construir una narrativa común que deslegitime la violencia política, que honre a todas las

víctimas sin distinción de bando, que dignifique los valores democráticos por encima de los intereses de partido, es uno de los grandes déficits de nuestra democracia todavía hoy.

Y hay una cuarta dimensión de la violencia que el libro se niega a ignorar: la violencia contra las mujeres. Esa que se sostiene desde la tríada del capitalismo, el patriarcado y el colonialismo. Esa que cuando se naturaliza deja de llamarse violencia y se llama orden. Esa en la que las mujeres han sido víctimas invisibles también de la represión política y la memoria honesta no puede seguir mirando hacia otro lado.

Cuatro dimensiones de la violencia. Y en todas ellas, la misma pregunta latiendo como un pulso: ¿qué hacemos con esto? ¿Cómo respondemos? ¿Nos quedamos en el diagnóstico o buscamos el remedio?

\* \* \*

## **V. LA COMPASIÓN: EL CAMINO MÁS DIFÍCIL**

---

Aquí es donde Alejandro Ruiz-Huerta nos lleva hacia el territorio más exigente de su pensamiento. Y conviene detenerse un momento antes de continuar, porque lo que viene ahora requiere toda nuestra atención.

La respuesta que propone no es la venganza. No es el rencor. No es la indiferencia ni el olvido. La respuesta que propone —la respuesta que él mismo ha vivido durante cincuenta años— es la compasión. Y al escuchar esta palabra, muchos sienten el impulso de decir: eso es demasiado fácil, eso es demasiado blando, eso es lo que dicen los que no han sufrido de verdad. Y precisamente ahí está la trampa. Porque si hay alguien en el mundo que tiene autoridad moral para hablar de compasión —y no de debilidad, sino de fortaleza—, ese alguien es el hombre que sobrevivió a la masacre de Atocha y eligió, aun así, este camino.

La compasión no es debilidad. La compasión es la forma más difícil y más exigente de la fortaleza. Porque requiere dominar lo que nos resulta más

natural e inmediato: la ira, el deseo de que quien nos ha dañado pague con el mismo dolor que nos causó. Requiere hacer el ejercicio empático más arduo que existe: ponerse en la piel de quien nos hizo daño, no para absolverle, no para olvidar lo que hizo, sino para entender de qué materia está hecho el ser humano cuando elige el mal, y para no convertirnos nosotros mismos en esa misma materia.

Ruiz-Huerta suscribe el principio que varios filósofos han defendido a lo largo de la historia: la compasión bloquea la agresividad. No la elimina del todo —ya hemos visto que la violencia nos habita—, pero puede inclinar decisivamente la balanza. Puede mover el peso de los sentimientos desde el egoísmo hacia la solidaridad, desde la codicia hacia la generosidad, desde el cierre hacia la apertura. Y la ciencia biomédica lo confirma: no somos solo violencia. Somos también bondad. Y esa bondad puede cultivarse, igual que un jardín necesita cuidado para florecer.

Hay en el libro una reflexión que me parece de las más hermosas y más inesperadas: la historia de cómo la compasión fue cambiando de forma a lo largo de los siglos. Durante mucho tiempo fue una virtud religiosa: la caridad cristiana, la piedad, el amor al prójimo entendido como mandato divino. Pero con Maquiavelo, en el siglo XVI, el Estado se independizó de la tutela de la Iglesia y la compasión empezó a pensarse también como responsabilidad civil. Y con la Revolución Francesa, con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la compasión se convirtió en algo radicalmente nuevo: en un imperativo político. En la base ética de los derechos fundamentales. En la obligación de los poderes públicos hacia los seres humanos que gobiernan.

Y desde ahí hasta hoy, la compasión secularizada ha llegado a su expresión jurídica más avanzada en lo que Ruiz-Huerta llama la justicia compasiva, corazón de la justicia restaurativa que la Unión Europea ya reconoce como nuevo imperativo categórico. Una justicia que no se contenta con castigar al culpable, sino que busca reparar el daño, reconstruir los vínculos rotos, restaurar la dignidad de quien fue herido. Una justicia que mira al futuro, no solo al pasado.

Pero la idea más audaz del libro —la que más puede costar asimilar, y que por eso mismo más necesitamos— es esta: Ruiz-Huerta defiende la compasión no solo hacia las víctimas, sino también hacia los victimarios. Hacia quienes dispararon en Atocha. Hacia quienes mataron a sus compañeros.

Hagamos una pausa aquí.

Porque esta idea necesita ser dicha despacio, con todo el peso que merece. No se trata de impunidad. La justicia debe hacer su trabajo: el crimen fue juzgado, los culpables condenados, la responsabilidad establecida. No se trata de olvidar ni de minimizar el horror. Se trata de algo mucho más difícil y mucho más revolucionario: se trata de negarse a que la cadena de la violencia continúe. Porque la violencia, cuando la única respuesta que recibe es más violencia —sea punitiva, simbólica o cultural—, no termina: se reproduce. Y la compasión hacia el victimario, entendida no como perdón ingenuo sino como comprensión lúcida de la condición humana, es lo que puede romper ese ciclo.

Gandhi lo demostró en la India. Mandela lo demostró en Sudáfrica. Luther King lo demostró en las calles de Alabama. No es una utopía: es una estrategia probada. La estrategia de quienes fueron capaces de combatir la injusticia sin convertirse en injustos.

\* \* \*

## **VI. LA MEMORIA: EL LABORATORIO DEL PRESENTE**

---

Y llegamos, al fin, al concepto que articula todo. La memoria.

La memoria es el destino de este viaje. No en el sentido de que sea el final, sino en el sentido de que es la morada: el lugar donde todo lo anterior —la conciencia de la violencia y el ejercicio de la compasión— encuentra su forma duradera, su expresión colectiva, su herencia transmisible a quienes vendrán después.

Ruiz-Huerta comienza hablando de la memoria como realidad humana íntima: en ella se acumulan los buenos y los malos sentimientos, los momentos de gloria y los de vergüenza, las heridas que no cerraron y las alegrías que todavía calientan. La memoria vive en el corazón, dice él, y eso no es una metáfora poética: es una descripción exacta de dónde residen las emociones que nos constituyen. Somos, en gran medida, lo que recordamos. Somos, en gran medida, lo que nos ha pasado y la manera en que hemos elegido cargarlo.

Pero la memoria no es solo individual. Es también social, colectiva, política. Somos la suma de nuestras memorias compartidas. Una sociedad que no recuerda —o que elige olvidar convencionalmente— está desarmada frente a sus propios peligros. Porque el olvido nunca es neutral: siempre beneficia a quien tiene interés en que determinadas verdades no salgan a la luz, a quien necesita que la historia se cuente de una manera determinada para que sus crímenes queden impunes.

Hay en el libro una frase que merecería ser grabada en los dinteles de todas las facultades de Historia, de todos los parlamentos, de todas las escuelas del mundo: el futuro se va construyendo con los materiales del pasado en el laboratorio del presente. Esa frase condensa una filosofía de la historia y una ética política al mismo tiempo. El pasado no es lo que ya no existe: es la materia prima con la que fabricamos el mañana. Y el presente —este instante, este momento en que estamos aquí juntos— es el laboratorio donde decidimos qué hacer con esos materiales.

*«El futuro se va construyendo con los materiales del pasado  
en el laboratorio del presente.»*

*—Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, *Violencia. Compasión. Memoria*, p. 193*

Ruiz-Huerta hace en el libro un recorrido por la historia de la memoria democrática en España que es, a la vez, una radiografía de una herida que lleva décadas sin cerrarse del todo. Desde la Guerra Civil hasta hoy, desde el franquismo hasta la Transición, desde la Transición hasta la democracia actual, lo predominante ha sido la ausencia de una política de memoria coherente, generosa, no instrumentalizada. Las víctimas de la violencia

franquista esperaron décadas para ser reconocidas. Los muertos de Atocha tardaron años en recibir la consideración oficial que merecían. Las mujeres asesinadas y represaliadas por defender la libertad siguen siendo, en demasiados casos, nombres invisibles en registros incompletos.

La Ley de Memoria Democrática de 2022 es un avance. Pero Ruiz-Huerta es honesto: la tarea sigue pendiente. La memoria democrática no es una asignatura que se aprueba con una ley. Es una práctica cotidiana, una actitud, una elección que hay que renovar cada día. Es lo que hacemos cuando nos negamos a mirar hacia otro lado ante la injusticia. Es lo que hacemos cuando enseñamos a nuestros hijos no solo los nombres de los reyes, sino también los nombres de quienes murieron para que ellos pudieran vivir en libertad.

Y hay algo que Ruiz-Huerta señala con la nitidez de quien lo ha comprobado en carne propia: las víctimas y los victimarios han recorrido caminos radicalmente distintos ante la historia. Las víctimas —y él es una de ellas— han sido capaces de procesar su dolor, de evaluarlo, de transformarlo en conciencia y en compromiso. Los victimarios, en cambio, y quienes los apoyaron, siguen en buena medida lejos de un ejercicio ético y autocrítico. Esa asimetría es una de las heridas más profundas que sigue abierta en el cuerpo de la democracia española.

\* \* \*

## VII. EL ECO QUE NO PUEDE APAGARSE

---

Llegamos al final de este recorrido. Y al llegar aquí, quisiera que nos detuviéramos un instante a contemplar el mapa completo de lo que hemos recorrido juntos.

Hemos hablado de un hombre que nació dos veces. Que estudió Derecho y eligió ponerlo al servicio de los más vulnerables. Que perteneció a una generación de jóvenes comprometidos que construyeron la democracia desde los despachos, desde las calles, desde los sindicatos, con el riesgo de la vida puesta en juego. Que vivió la noche más oscura que puede vivirse —ver

morir a los propios compañeros, sobrevivir casi de milagro, cargar con el peso de seguir estando vivo cuando ellos ya no están— y que eligió, desde esa noche, no la amargura sino el pensamiento. No la venganza sino la compasión. No el olvido sino la memoria.

Hemos hablado de la violencia. De su cara más brutal y también de su cara más invisible. De la que dispara y de la que mata en silencio a través de las estructuras que mantienen el hambre y la desigualdad. De la que golpea a las mujeres en sus hogares y en la historia. De la que usa el terror para silenciar las voces que defienden la dignidad humana. Y hemos aprendido de Ruiz-Huerta que el primer gesto de responsabilidad frente a la violencia es reconocerla en toda su complejidad, sin eufemismos y sin excusas.

Hemos hablado de la compasión. De ese camino que parece fácil desde fuera y que es extraordinariamente difícil por dentro. Del coraje que se necesita para elegir la empatía sobre el rencor, la comprensión sobre la condena, la apertura sobre el cierre. Y hemos aprendido que la compasión no es resignarse al mal: es la única estrategia que, probada por los más grandes luchadores por la justicia que ha conocido la historia, es capaz de romper la cadena que convierte a las víctimas en victimarios y a los victimarios en mártires de sus propias ideologías.

Y hemos hablado de la memoria. De esa realidad íntima que vive en el corazón y se convierte en colectiva cuando la compartimos. De esa obligación ética que tenemos con los que cayeron para que nosotros pudiéramos estar aquí. De ese laboratorio del presente donde decidimos cada día con qué materiales del pasado vamos a construir el futuro que queremos.

Tres palabras. Tres conceptos. Un solo horizonte: la dignidad humana irrenunciable. Un solo camino: la democracia como práctica cotidiana, no como decorado institucional. Una sola certeza: que merece la pena. Que siempre ha merecido la pena.

Al recibir el Premio Memoria Viva de la Universidad de Córdoba, Alejandro Ruiz-Huerta pronunció unas palabras que quisiera traer aquí como si fueran el verdadero cierre de todo lo que hemos dicho. Las dijo emocionado, en voz

alta, ante más de doscientas personas reunidas en un auditorio universitario. Las dijo como lo que son: como una obligación y como una promesa.

*«Soy el eco de la voz de Atocha. La historia de Atocha es una historia colectiva. Si el eco de su voz se debilita, pereceremos.»*

— Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, Premio Memoria Viva, Universidad de Córdoba, 2025

Ese eco no puede apagarse. No puede apagarse porque en él vive no solo la memoria de los cinco compañeros asesinados en la calle Atocha una noche de enero de 1977. En él vive la memoria de todos los que cayeron defendiendo la libertad en esta tierra y en todas las tierras del mundo. En él vive la memoria de las mujeres invisibilizadas por la historia oficial. En él vive la memoria de los trabajadores que no tenían quién les defendiera hasta que alguien decidió ponerse de su lado.

Y ese eco vive también en cada uno de nosotros cuando elegimos no mirar hacia otro lado. Cuando decidimos que la democracia no es algo que ocurre sola, sino algo que construimos cada día con nuestras palabras, nuestras acciones, nuestras memorias compartidas y nuestra capacidad —siempre difícil, siempre necesaria— de compasión.

La esperanza que nos deja Alejandro Ruiz-Huerta no es la esperanza de los ingenuos. Es la esperanza de quien ha conocido la oscuridad más profunda y ha decidido, a pesar de todo, seguir encendiendo la luz. Es la esperanza fundada en la experiencia, templada por el dolor, verificada por la historia. Es la esperanza que dice, desde el epílogo de su libro, con la autoridad de toda una vida:

*«Merece la pena seguir trabajando desde la memoria democrática contra la violencia y por la compasión.»*

— Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, *Violencia. Compasión. Memoria*, 2025

Sí. Merece la pena. Lo merece siempre. Lo merece hoy, en estos tiempos convulsos en los que la polarización amenaza los acuerdos básicos de la convivencia, en los que el fanatismo vuelve a alzar la voz, en los que hay

quienes pretenden que olvidemos lo que costó conquistar cada centímetro de libertad que tenemos. Merece la pena recordarlo. Merece la pena enseñarlo. Merece la pena defenderlo. Y merece la pena hacerlo como lo hizo él: no con odio, sino con memoria. No con violencia, sino con compasión. No mirando atrás para quedarse, sino mirando atrás para saber hacia dónde hay que ir.

\* \* \*

*Texto elaborado a partir de la biografía de **Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell** y su obra **Violencia. Compasión. Memoria** (Utopía Libros, 2025).*